

Cap. II Genealogías de la ética *

1. CÓMO NACE LA ÉTICA

Hoy vivimos una grave crisis mundial de valores. A la inmensa mayoría de la humanidad le resulta difícil saber lo que es correcto y lo que no lo es. Ese oscurecimiento del horizonte ético redundará en una enorme inseguridad en la vida y en una permanente tensión en las relaciones sociales, que tienden a organizarse más alrededor de intereses particulares que en torno al derecho y la justicia. Este hecho se agrava aún más por causa de la propia lógica dominante de la economía y del mercado, que se rige por la competencia la cual crea oposiciones y exclusiones - y no por la cooperación -que armoniza e incluye -. Con ello se dificulta el encuentro de estrellas-guía y de puntos de referencia comunes, importantes para las conductas personales y sociales.

Conviene también no olvidar lo que constató el historiador Eric Hobsbawm en su obra *The Age of Extremes* [La era de los extremos]: ha habido más cambios en la humanidad en los últimos cincuenta años que desde la edad de piedra. Esa aceleración ha hecho que los mapas conocidos ya no puedan orientarnos, que la brújula haya llegado a perder el Norte. En esta situación dramática; ¿cómo fundar un discurso ético mínimamente consistente?

1.1 Religión y razón: fuentes de la ética

El estudio de la historia revela que hay dos fuentes que orientaron y siguen orientando ética y moralmente a las sociedades hasta nuestros días: las religiones y la razón.

Las religiones continúan siendo los nichos de valor privilegiados para la mayoría de la humanidad. Samuel P. Huntington, en su famosa obra *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, reconoce explícitamente: «En el mundo moderno; la religión es una fuerza fundamental; quizá la fuerza fundamental, que motiva y moviliza a la gente... Lo que en último análisis cuenta para las personas no es la ideología política ni el interés económico; aquello con lo que las personas se identifican son las convicciones religiosas, la familia y los credos. Por estas cosas combaten e incluso están dispuestas a dar su vida» (1997, p. 77). Hans Küng, uno de los pensadores mundiales que más se han ocupado de estas cuestiones, propone las religiones como la base más realista y eficaz para construir «Una ética mundial para la economía y la política» (título de uno de sus libros). Dejando a un lado las diferencias; que no son pocas, los puntos comunes entre ellas permiten elaborar un consenso ético mínimo, capaz de mantener unida a la humanidad y de preservar el capital ecológico indispensable para la vida. Las religiones representan en la historia el ethos que ama y cuida.

La razón crítica, que irrumpió casi simultáneamente en todas las culturas mundiales en el Siglo VI a.C., en el llamado «tiempo axial» (Karl Jaspers), trató de establecer desde el primer momento códigos éticos universalmente válidos. La fundamentación racional de la ética y de la moral (ética autónoma) representó un esfuerzo admirable del pensamiento humano desde los maestros griegos Sócrates, Platón y Aristóteles, pasando por san Agustín, Tomás de Aquino e Immanuel Kant, hasta los modernos Henri Bergson, Martin Heidegger, Hans Jonas, Jürgen Habermas, Enrique Dussel y, entre nosotros, Enrique de Lima Vaz y Manfredo Oliveira -si nos quedamos dentro del marco de la cultura occidental.

Esta tarea sigue aún abierta, alejada de otros esfuerzos éticos fundados en otras bases que no son la razón (éticas heterónomas). Es el ethos que busca.

* Tomado de **BOFF Leonardo** *Ética y Moral*. Sal Terrae 2004. pp. 26 - 55

Con todo, el nivel de convencimiento ha sido moderado y se ha limitado a los ambientes académicos; por ello ha tenido una incidencia limitada en la vida cotidiana de las poblaciones.

Esos dos paradigmas no quedan invalidados por la crisis actual, pero tienen que ser enriquecidos, si queremos estar a la altura de las demandas éticas que nos vienen de la realidad hoy globalizada.

1.2. El afecto: fuente originaria de la ética

La crisis crea la oportunidad de ir a las raíces de la ética y nos invita a descender a aquella instancia en la que continuamente se forman valores. La ética, para ganar un mínimo de consenso, tiene que brotar de la base última de la existencia humana, que no reside en la razón, como siempre ha pretendido Occidente. La razón, como ha reconocido la misma filosofía, no es el primer momento ni el último de la existencia. Por eso no explica ni abarca todo. La razón se abre hacia abajo, de donde emerge algo más elemental y ancestral: la afectividad; y se abre también hacia arriba, hacia el espíritu, que es el momento en que la conciencia se siente parte de un todo y que culmina en la contemplación y en la espiritualidad. Por lo tanto, la experiencia fundamental no es «pienso, luego existo», sino «siento, luego existo». En la raíz de todo no está la razón (logos), sino la pasión (pathos).

David Goleman diría: «En el fundamento de todo está la inteligencia emocional». El afecto, la emoción..., en suma, la pasión, es un sentir profundo. Es entrar en comunión, sin distancia, con todo lo que nos rodea. Por la pasión captamos el valor de las cosas. Y el valor es el carácter precioso de los seres, aquello que los hace dignos de ser y apetecibles. Sólo cuando nos apasionamos, vivimos valores. Y por los valores nos movemos y somos.

Siguiendo a los griegos, llamamos a esa pasión *eros*, amor. El mito arcaico lo dice todo: «Eros, el dios del amor, se levantó para crear la tierra. Antes todo era silencio, desnudo e inmóvil. Ahora todo es vida, alegría, movimiento». Ahora todo es precioso, todo tiene valor, por causa del amor y de la pasión.

1.3. Tensión entre afecto y razón

Pero la pasión está habitada por un demonio. Dejada a sí misma, puede degenerar en formas de disfrute destructivo. Todos los valores valen, pero no todos valen para todas las circunstancias. La pasión es un caudal fantástico de energía que, como las aguas de un río, necesita márgenes, límites y la justa medida. De lo contrario; irrumpe avasalladora. Es aquí donde entra la función insustituible de la razón. Lo propio de la razón es ver claro y ordenar, disciplinar y definir la dirección de la pasión.

Aquí surge una dialéctica dramática entre la pasión y la razón. Si la razón reprime la pasión, triunfan la rigidez, la tiranía del orden y la ética utilitaria. Si la pasión prescinde de la razón, dominan el delirio de las pulsiones y la ética hedonista, del puro disfrute de las cosas. Mas, si se impone la justa medida, y la pasión se sirve de la razón para un autodesarrollo ordenado, entonces emergen las dos fuerzas que sustentan una ética prometedora: la ternura y el vigor.

1.4. Irradiación de la ética: la ternura y el vigor

La ternura es el cuidado para con el otro, el gesto amoroso que protege y da paz. El vigor abre caminos, supera obstáculos y transforma los sueños en realidad. Es la rivalidad sin la dominación, la dirección sin la intolerancia. Ternura y vigor, o también *animus* y *anima*, construyen una personalidad integrada, capaz de mantener unidas las contradicciones y de enriquecerse con ellas. Son dos principios capaces de sustentar un humanismo sostenible, fundado en la materialidad de la historia y en la espiritualización de las prácticas humanas.

De estas premisas puede nacer una ética capaz de incluir a todos en la familia humana. Tal ética se estructura en torno a los valores fundamentales ligados a la vida, a su cuidado, al trabajo, a las relaciones cooperativas y a la cultura de la no violencia y de la paz. Es un ethos que ama, cuida, se responsabiliza, se solidariza, se compadece.

2. EL FUNDAMENTO:

DAIMON Y ETHOS, EL ÁNGEL Y LA MORADA

La cultura dominante es culturalmente pluralista, políticamente democrática, económicamente capitalista y, al mismo tiempo, es materialista; individualista, consumista y competitiva, perjudica al capital social de los pueblos y torna precarias las razones de nuestra convivencia. Con mucho poder y poca sabiduría ha creado el principio de la auto-destrucción. Por primera vez podemos eliminar las bases de la supervivencia de la especie, lo cual hace que la cuestión ética (cómo tenemos que comportarnos) sea apremiante e inaplazable.

Para orientarnos en esta espinosa cuestión nos serviremos de dos palabras griegas, extrañas para muchos, ethos y daimon. Con ellas afrontaron los griegos la mayor crisis de su historia, estructuralmente semejante a la nuestra, cuando en el siglo VI a.C. surgió la razón crítica. Esta amenazaba con privar de sentido a las tradiciones y los valores que habían garantizado hasta entonces, por la razón mítica y religiosa, la sociabilidad de la ciudad griega (polis).

Vamos a examinar por nuestra cuenta estas dos palabras seminales, pues su significado concreto (que es lo que nos interesa) contiene todavía hoy el secreto de un comportamiento ético destinado a salvarnos a todos y a fundar un nuevo acuerdo mínimo entre los humanos en la fase planetaria de nuestra historia.

Hay que explicar los términos daimon y ethos, porque su significado no es inmediatamente comprensible. En primer lugar, cabe decir que daimon, en griego clásico, no es demonio. Por el contrario, es el ángel bueno, el genio protector. Y el ethos no es primariamente la ética, sino la morada humana.

Heráclito, genial filósofo pre-socrático (500 a.C.), unió las dos palabras en el aforismo 119- «E1 ethos es el daimon del ser humano», es decir, «la casa es el ángel bueno del ser humano». En esta formulación se esconde la clave de toda una construcción ética. Veámoslo con detenimiento, como hacen los filósofos.

El ethos/morada no está constituido simplemente por las cuatro paredes y el techo. Ésta es una visión exterior y física de la casa. La casa tiene que ser vista desde dentro, en una aproximación existencial, como una experiencia originaria y, por ello, como un dato irreducible. Entonces aparece como el conjunto de las relaciones que el ser humano establece con el medio natural, separando un pedazo del mismo, para que sea su morada; con los que habitan en la morada, para que cooperen y sean pacíficos; con un rincón sagrado, donde guardamos recuerdos queridos, la vela que arde, los santos de nuestra devoción o las Sagradas Escrituras; y con los vecinos; para que haya bondad y ayuda mutua. Morada es todo esto y, por lo tanto, no algo material, sino existencial y globalizante, un modo de ser de las cosas y de las personas.

La morada, para serlo, tiene que ser habitable, es decir, tiene que tener un buen espíritu astral, un buen «axé» [fuerza, magia] -como dice la tradición nagó- o un vigoroso «shi» - como sostiene la tradición del Tao y del Feng-Shui-. Eso lo proporciona el daimon, el ángel bueno, el genio bienhechor y protector. El bien que él inspira hace de las cuatro paredes y del conjunto de las relaciones la morada humana, en la que nos sentimos bien, amamos y, si todo sale bien, morimos tranquilamente, ¿Qué es, entonces el daimon/ángel bueno?

Platón, en su conmovedora Apología de Sócrates, conservó las palabras finales del genial maestro. Daimon, dice, es la «voz profética dentro de mí, proveniente de un poder superior», o también «la señal de Dios». Nosotros diríamos que es la voz de la interioridad, aquel consejero de la conciencia que disuade o estimula, aquel sentimiento de lo conveniente y de lo justo en las palabras y en los actos que se anuncia en todas las circunstancias de la vida, pequeñas o grandes. Todos poseen el daimon, ese ángel protector que nos acompaña siempre, un dato tan objetivo como la libido, la inteligencia, el amor y el poder.

Como se puede ver, Heráclito, como buen filósofo, deja atrás el sentido convencional de las palabras y capta su significación secreta: morada (ethos) acaba siendo la ética que debemos tener, y el ángel bueno (daimon) el tacto para lo que es justo y bueno, el *feeling* para lo que hay que hacer en cada situación.

Ese ángel bueno hace que moremos bien en la casa, que puede ser la vivienda en que residimos, la ciudad, el país o el planeta Tierra, Casa Común. Todo lo que hagamos para que podamos morar bien juntos (seamos felices) es ético y bueno; lo contrario es antitético y malo.

Hay una especie de tragedia en nuestra historia: el daimon fue olvidado. En su lugar, los filósofos como Platón y Aristóteles, Kant y Schopenhauer, pusieron los sistemas éticos, con normas y leyes tenidas por universales. Pero los sistemas, debido a la ordenación arquitectónica, se distancian de lo vivenciado. Se hacen abstractos cuando, en cambio, la ética siempre tiene que ver con la práctica concreta. Poseen innegables virtudes, pero también vicios como la rigidez, la inflexibilidad, la a-historicidad. Por eso todos los sistemas tienen algo de artificial y construido. No pocas veces, las normas funcionan como imperativos, como súper-egos castradores, más que como inspiradoras de comportamientos creativos.

Cuanto más arquitectónico es el sistema, tanto más se distancia del daimon, hasta considerarlo inexistente o reducirlo a un subproducto de los mecanismos de control psicológico o del encuadramiento social. Mas como el daimon, es intrínseco al ser humano (es su dimensión ontológica indestructible), la voz de ese ángel bueno no deja de hablar. Puede ser confundida con las otras mil voces de los ideólogos, de las religiones, de las iglesias, de los Estados o de otros maestros. Pero él es soberano, y su voz es persistente.

Figuras ejemplares que supieron escuchar al daimon y se dejaron guiar por él fueron los profetas, como Isaías y Amós, y personajes como Jesucristo, Buda, Sócrates, Francisco de Asís, Gandhi y otras muchas personas anónimas, hombres y mujeres que dan testimonio de la existencia y la persistencia de esta voz interior.

Si queremos una revolución ética que responda a los desafíos de nuestro tiempo, tenemos que desencadenar y liberar al daimon interior y empezar a escucharlo de nuevo. Para ello tenemos que rescatar el buen sentido ético, aquello que simplemente debe ser, pues ésta es la misión que el daimon desempeña dentro de nosotros. Él es la fuente de la creatividad ética y moral. Él nos sugerirá cómo ordenar la casa que es la ciudad, el Estado y la Casa Común planetaria.

No tenemos más salida que despertar al daimon en todos nosotros. ¿Es utopía? Sí, pero es la dirección correcta para encontrar el camino verdadero. El daimon protegerá nuestra vida y la Tierra, hoy amenazadas. No permitirá que elijamos el suicidio, sino la expansión y la irradiación de la vida.

3. ETICA Y MORAL: DISTINCIONES Y DEFINICIONES

¿Qué es ética, qué es moral? ¿Son lo mismo o hay que establecer distinciones entre ellas? Hay mucha confusión al respecto.

Tratemos de esclarecer esta cuestión. Tanto en el lenguaje común como en un lenguaje más culto, «ética» y «moral» son sinónimos. Así decimos: «Aquí hay un problema ético» o «un problema moral», o bien, uniendo ambas expresiones: «Aquí hay un problema ético y moral». Con ello emitimos un juicio de valor sobre alguna práctica personal o social y la calificamos como buena, mala o dudosa.

Ahora bien, si profundizamos en esta cuestión, percibimos que «ética» y «moral» no son sinónimos.

3.1. Definición de «ética» y de «moral»

La ética es parte de la filosofía. Considera concepciones de fondo acerca de la vida, del universo, del ser humano y de su destino; determina principios y valores que orientan a las personas y las sociedades. Una persona es ética cuando se orienta por principios y convicciones. Decimos entonces que tiene buen carácter.

La moral es parte de la vida concreta. Trata de la práctica real de las personas, que se expresan por medio de costumbres, hábitos y valores culturalmente establecidos. Una persona es moral cuando actúa de acuerdo con las costumbres y valores consagradas. Éstos pueden, eventualmente, ser cuestionados por la ética. Una persona puede ser moral (sigue las costumbres aunque sea por conveniencia) y no ser necesariamente ética (obedece a convicciones y principios).

Pese a ser útiles, estas definiciones son abstractas, porque no muestran el proceso por el que surgen efectivamente la ética y la moral. Y en esto los griegos pueden ayudarnos.

Partamos de los sentidos de la palabra *ethos*, de la que se deriva «ética». Antes de nada, constatamos que los griegos escribían esa palabra de dos formas diferentes: *ethos* con *eta* (o «e» larga), que significa la morada humana y también el carácter, la manera, el modo de ser, el perfil de una persona; y *ethos* con *épsilon* (o «e» breve), que se refiere a las costumbres, usos, hábitos y tradiciones.

3.2. Experiencia fundamental: la morada humana

¿Cómo articular todas estas dimensiones y no dejarlas yuxtapuestas? ¿Cómo mostrar que son explicitaciones de una experiencia fundamental singular?

Tenemos que desentrañar esta experiencia originaria, pues ciertamente no es sólo griega, sino simplemente humana. También nosotros podemos y debemos tenerla, y de ese modo nos capacitamos para entender mejor lo que significa ética y moral en nuestra vida.

La experiencia fundamental, radical, siempre válida, está constituida por la experiencia de la morada humana (*ethos* con «e» larga). Ahora bien, la morada no era ni debe ser entendida físicamente (las cuatro paredes y el techo), sino existencialmente.

En sentido existencial, la morada significaba -y significa también para nosotros- la red de las relaciones entre el medio físico y las personas, como ya hemos aclarado antes.

Los griegos llamaban *ethos* a la morada.

Mas para que la morada sea tal es necesario organizar el espacio físico (habitaciones, salas, cocina; jardín) y el espacio humano (relaciones de los moradores entre sí y con sus vecinos), según criterios, valores y principios inspiradores, para que todo fluya y esté como

es debido. Entonces la casa posee estilo, carácter y su aura propia. De la misma forma, las personas que la habitan y que sintonizan con el modo de ser propio de la casa asumen un carácter singular. Los griegos llamaban tanto a los principios inspiradores como a las personas, cuyo carácter era moldeado por ellos, *ethos*, escrito como casa (*ethos* con «e» larga).

En suma, *ethos* es sinónimo de ética en el sentido que expusimos antes: el conjunto ordenado de los principios, los valores y las motivaciones últimas de las prácticas humanas, personales y sociales. *Ethos* significa también el carácter, el modo de ser de una persona o de una comunidad.

Además, en la morada, los moradores tienen costumbres, tradiciones, hábitos, y modos de organizar las comidas, los encuentros, las fiestas, las formas de relacionarse, que pueden ser tensos y competitivos, o bien armoniosos y cooperativos. A esto los griegos lo llamaban también *ethos* (con «e» breve). Por tanto, *ethos* son las costumbres, aquellos hábitos y comportamientos concretos de las personas que después los romanos llamarán *mores*, de donde se deriva moral.

3.3. Hábitos familiares, formadores de la ética y de la moral

Como se puede ver, las palabras esconden procesos bien precisos. Es lo que sucede, procesualmente, con la genealogía de la ética. Todo empieza en la morada (*ethos*), que puede ser la casa concreta de las personas, o la comunidad, la ciudad, el Estado y el planeta Tierra. Las personas que moran en ella tienen valores, principios, motivaciones inspiradoras para él comportamiento (*ethos*). A esos dos momentos los llamamos *ethos* (con «e» larga) o ética. Además; en la casa las personas no viven de cualquier manera: reproducen tradiciones, estilos de vida, maneras de organizar las comidas familiares, los encuentros, las recepciones. Ese conjunto de cosas se llama también ética, *ethos* (con «e» breve). Nosotros hablaríamos hoy de «moral», de acuerdo con la definición que hemos establecido anteriormente.

Procesualmente, empezando desde abajo, diríamos que las costumbres y los hábitos (moral) forman el carácter y configuran el perfil (ética) de las personas. Donald Winnicott, gran pediatra y psicoanalista británico (1896-1967), estudió, siguiendo a Freud, la importancia de las relaciones familiares para establecer el carácter de las personas. A su juicio, ese carácter remite a algo más fundamental: a los valores de fondo, a los principios, a la visión de la realidad que está en la cabeza y en el corazón de las personas. Serán éticas (tendrán principios y valores); pues, las personas o las sociedades que hayan tenido una buena moral (relaciones armoniosas e inclusivas) en casa, en la relación primera con la madre. en la sociedad y; hoy, en las relaciones globalizadas.

Los medievales no tenían la sutileza de los griegos. Usaban la palabra moral (que viene de *mos* - *moris*, costumbre y hábito) tanto para las costumbres como para el carácter y los principios y valores que lo moldean. Todo ello se designaba con el término «moral>>. Pero dentro de la moral distinguían entre la moral teórica (filosofía moral), que estudia los principios y las actitudes que iluminan las prácticas, y la moral práctica, que analiza los actos a la luz de las actitudes y estudia la aplicación de los principios a la vida.

A partir de esta comprensión podríamos juzgar las diferentes éticas y morales existentes en las culturas mundiales. Nos limitamos a la más vigente y hoy hegemónica: la ética y la moral capitalista. La ética capitalista dice: bueno es lo que permite acumular más con menos inversión y en el menor tiempo posible. El fin de la moral capitalista concreta es emplear el menor número de personas posible, pagar menores salarios e impuestos y explotar mejor la naturaleza para acumular más medios de vida y riqueza.

¿Nos imaginamos cómo serían una casa y una sociedad (ethos) que tuviesen tales costumbres (moral/ethos) y produjesen caracteres humanos (ethos/moral) tan voraces?
¿Serían todavía humanas y beneficiosas para la vida?

Ésta es una de las razones -nada irrelevante, por cierto- de la grave crisis actual: crisis de valores, crisis de una visión más humanitaria y generosa de la vida, crisis de perspectiva que genera una crisis ética.

4. EL ETHOS QUE BUSCA

Fue la razón crítica, articulada por los geniales filósofos Platón y Aristóteles, la que dio el salto del daimon (la percepción ética fundamental, o sentido moral) al ethos (sistema racional de principios). De este modo empezó una gran aventura intelectual bajo cuya vigencia aún nos encontramos, aunque está en su ocaso. A una distancia de más de dos milenios, podemos tratar de hacer una lectura de ciego que capte la relevancia e identifique el perfil básico del ethos de nuestra civilización.

La ética siguió el destino de la razón. La naturaleza de la razón es buscar, y el ethos será un ethos que busca. La razón no se detiene ante nada. Por eso es esencialmente desacralizadora. Su expresión acabada se encuentra en la razón instrumental-analítica, cuyo producto más importante es la tecnociencia, con la civilización que ha creado, hoy mundializada. Tiene un inmenso alcance, pues nos ha proporcionado un saber y un poder nunca antes imaginados: ha modificado la vida, ha redefinido el espacio y el tiempo y nos ha llevado fuera de la Tierra. Pero también tiene límites, los cuales que, si no son controlados, pueden poner en peligro nuestro futuro. Enumeremos algunos de ellos.

En primer lugar, olvidó el ser (el todo) y se centró en el ente (la parte), considerándolo la «realidad» fuera de la cual nada existe. La consecuencia para la ética fue que no se volvió a escuchar la «voz interior» (degradada a la condición de súper-ego psicológico o a la de interés de clase), para oír sólo la voz de la norma y el orden, venidos de fuera, pero internalizados.

En segundo lugar, dado que los entes son ilimitados, también los saberes lo son. Pero se olvida que son partes de un todo. Realidad fragmentada, produjo un saber fragmentado y una ética fragmentada en infinitas morales, para cada profesión (deontología), para cada clase y para cada cultura.

En tercer lugar, separó lo que en la realidad siempre va unido: Dios y mundo; razón y emoción, masculino y femenino, justo y legal, privado y público. La ética fue dividida en pública y privada, ética de los intereses y ética de los principios, ética de los medios y ética de los fines.

En cuarto lugar, el saber fue puesto al servicio del poder, y éste fue usado como dominación. La ética se hace instrumento de normatización del individuo, forzado a introyectar las leyes para introducirse en la dinámica del proceso social, leyes por las cuales es fiscalizado e incluso castigado. La sociedad se funda menos en la ética y en la ley que en la legalización de las diversas prácticas personales y sociales aceptadas oficialmente, sin preguntarse a qué sirven: si a los intereses de dominación por parte de los poderes establecidos o a la sociedad que quiere orientarse por el bien común y por la equidad.

En quinto lugar, fundado solamente en la razón crítica, el ethos que busca no consiguió consensos mínimos, susceptibles de ser aceptados y asumidos por las grandes mayorías. Los imperativos categóricos como los de Kant permanecieron, infelizmente, abstractos: «trata a1 ser humano siempre como fin, nunca como medio» y «obra de tal manera que la

máxima de tu acción pueda valer como norma para todos». Son principios de la razón ilustrada, no de la razón común de las grandes mayorías de la humanidad.

En sexto lugar, encerrada exclusivamente en el ámbito de la razón, la ética perdió el horizonte de trascendencia que viene del espíritu y de su obra, que es la espiritualidad: aquella dimensión de la conciencia que permite al ser humano sentirse parte del todo e identificar un sentido mayor de su existencia y de su breve paso por este mundo. La espiritualidad es para la ética lo que el aura para las estrellas. Sin aura, las estrellas no brillan; sin espiritualidad, la ética se transforma fácilmente en moralismo y en legalismo.

En séptimo lugar, la ética perdió el corazón y el pathos, la capacidad de sentir en profundidad al otro. Es solipsista, está centrada en sí misma. La ética surge y se renueva siempre que el otro emerge frente a nosotros. El otro nos obliga a adoptar posicionamientos concretos, no pocas veces nuevos e innovadores. Hoy, en el proceso de globalización, irrumpen muchos «otros» que deben ser acogidos, con los que hay que convivir y establecer una alianza para construir juntos una nueva historia planetaria.

El ethos que busca no presenta instrumentos internos que nos permitan dar respuesta a los graves desafíos actuales que tienen qué ver con el futuro de la vida y de la humanidad. Necesitamos un ethos que no sólo busque, sino que también ame y cuide.

5 . EL ETHOS QUE AMA

Cuando la razón busca hasta el fin, encuentra en su misma raíz el afecto que se expresa por el amor y, sobre ella, el espíritu que se manifiesta por la espiritualidad. Y al término de su búsqueda se encuentra con el misterio. El misterio no es el límite de la razón, sino lo ilimitado de la ésta. Por eso el misterio sigue siendo misterio en todo conocimiento que se siente desafiado a conocer cada vez más. La razón científica nos ratifica ese recorrido: empezó con la materia, llegó a los átomos, descendió aún más, a los elementos subatómicos, a la energía y a los campos energéticos, al campo de Higgs, origen de todos los campos, al big-bang, hace 15.000 millones de años, para terminar en el vacío cuántico, que es el estado de energía de fondo del universo, aquella fuente nutricia, misteriosa e inencontrable, de todo cuanto existe, que el conocido cosmólogo Brian Swimme identifica como la presencia de Dios.

El misterio se revela más inmediatamente en el otro. Por más que se quiera conocerlo y encuadrarlo; el otro siempre se retira más allá. Él es, efectivamente, misterio vivo y desafiante que nos obliga a salir de nosotros mismos y a tomar postura ante él.

Cuando el otro irrumpe ante mí, nace la ética. Porque el otro me obliga a adoptar una actitud práctica de acogida, de indiferencia, de rechazo, de destrucción. El otro significa una propuesta que pide una respuesta con responsabilidad.

El límite más oneroso del ethos que busca reside en el hecho de que ha reservado poco lugar al otro. El paradigma occidental tuvo siempre dificultades con el otro. Por eso lo incorporó, lo sometió o lo destruyó. Al negar al otro, perdió la posibilidad de la alianza, del diálogo y del aprendizaje mutuo. Se impuso el paradigma de la identidad sin la diferencia, siguiendo los pasos del presocrático Parménides.

El otro hace que surja el ethos que ama. Paradigma de este ethos es el cristianismo de los orígenes, el paleocristianismo; cuya diferencia del cristianismo histórico y de sus iglesias radica en el hecho de que éste, en el terreno de la ética, estuvo más influido por los maestros griegos que por el mensaje y la práctica de Jesús. El paleocristianismo, por el contrario, otorga una centralidad absoluta al amor al otro, que para Jesús es idéntico al amor a Dios. El amor es tan central que quien tiene amor lo tiene todo. Él atestigua la

sagrada convicción según la cual Dios es amor (1 Jn 4,8), el amor viene de Dios (1 Jn 4,7) y el amor no morirá nunca (1 Co 13,8). Y ese amor es incondicional y universal, pues incluye también al enemigo (Lc 6,35). El ethos que ama se expresa en la regla de oro, atestiguada por todas las tradiciones de la humanidad: «Ama al prójimo como a ti mismo»; «No hagas al otro lo que no deseas que te hagan a ti»;

Así pues, el amor es central porque, para el cristianismo, el otro es central. Dios mismo se hace otro encarnándose. Sin pasar por el otro, sin el otro más otro -que es el hambriento, el pobre, el peregrino y el desnudo-, no se puede encontrar a Dios ni alcanzar la plenitud de la vida (Mt 25,31-46). Este salir de sí en dirección al otro para amarlo en sí mismo, para amarlo sin esperar ser correspondido, de forma incondicional, fundamenta un ethos lo más inclusivo posible, lo más humanizador que pueda imaginarse. Este amor es un solo movimiento que se dirige al otro, a la naturaleza y a Dios.

Nadie en Occidente ha igualado siquiera a san Francisco de Asís como arquetipo de esa ética amorosa y cordial. Comenta Eloi Leclerc, el mejor pensador franciscano de nuestro tiempo, superviviente de los campos de exterminio nazi de Buchenwald: «En lugar de endurecerse y encerrarse en un aislamiento soberbio, se había dejado desposeer de todo, incluso de su obra. Se había hecho pequeño ante aquel "cuyo nombre nadie es digno de pronunciar": Dios es, y eso basta. Y se había insertado con enorme humildad en medio de las criaturas. Cercano y hermano de las más humildes, había fraternizado con la tierra, con su humus original, con sus raíces oscuras. Y he aquí que "nuestra hermana la Madre Tierra" había abierto, ante sus asombrados ojos, un camino de fraternidad sin límites, sin fronteras. Una fraternidad a la medida de toda la creación. El humilde Francisco se había convertido en el hermano del Sol y de las estrellas, del viento, de las nubes, del agua, del fuego y de todo cuanto vive. Entonces se había puesto a cantar su admiración. Todo cantaba en él. La gracia lo había visitado, y con ella el Júbilo» (El sol sale sobre Asís, Sal Terrae 2000, p. 131).

El ethos que ama funda un nuevo sentido de vivir. Amar al otro es darle razón de existir. No hay razón para existir. La existencia es pura gratuidad. Amar al otro es querer que exista, porque el amor hace que el otro sea importante. «Amar a una persona es decirle: tú no morirás jamás» (G. Marcel), tú tienes que existir, tú no puedes morir. Cuando una persona o una cosa se hacen importantes para el otro, nace un valor que moviliza todas las energías vitales. Por eso, cuando alguien ama, rejuvenece y tiene la sensación de que empieza a vivir de nuevo. El amor es la fuente de los valores.

Solamente ese ethos que ama puede responder a los desafíos actuales que son de vida o muerte. Hace que los distantes sean próximos, y que los próximos sean hermanos y hermanas.

También cuidamos todo lo que amamos. El ethos que ama se abre al ethos que cuida, se responsabiliza y se compadece.

6. EL ETHOS QUE CUIDA

Cuando amamos, cuidamos; y cuando cuidamos, amamos. Por eso el ethos que ama se completa con el ethos que cuida. El «cuidado» constituye la categoría central del nuevo paradigma de civilización que pugna por emerger en todas las partes del mundo.

La falta de cuidado en el modo de tratar la naturaleza y los recursos escasos, la ausencia de cuidado en relación con el poder de la tecnociencia que construye armas de destrucción masiva y de devastación de la biosfera y de la propia supervivencia de la especie humana; nos está llevando a un impasse sin precedentes. O cuidamos o perecemos.

El cuidado asume una doble función: de prevención de daños futuros y de regeneración de daños pasados. El cuidado posee ese poder misterioso: refuerza la vida, vela por las condiciones físico-químicas, ecológicas, sociales y espirituales que permiten la reproducción de la vida y de su ulterior evolución.

El elemento correspondiente al cuidado, en términos ecológico-políticos, es la «sostenibilidad», cuya finalidad consiste en encontrar el justo equilibrio entre la utilización racional de las virtualidades de la Tierra y su preservación para nosotros y para las generaciones futuras. Tal vez recordando la fábula del cuidado, conservada por Higino (i 17 d.C.), bibliotecario de César Augusto y filósofo, entendamos mejor el significado del ethos que cuida:

«Cierta día, Cuidado; que paseaba por la orilla del río, tomó un poco de barro y le dio la forma del ser humano. Entonces apareció Júpiter, que; a petición de Cuidado, le insufló espíritu. Cuidado quiso darle un nombre, pero Júpiter se lo prohibió, pues quería imponerle el nombre él mismo. Ambos empezaron a discutir.

Después apareció la Tierra, que alegó que el barro era parte de su cuerpo y que, por lo tanto, ella tenía derecho a escoger un nombre. Y se entabló una discusión entre los tres que no parecía tener solución.

Al fin; iodos aceptaron llamar a Saturno, el viejo dios ancestral, señor del tiempo, para que fuera el árbitro. Saturno dio la siguiente sentencia, considerada justa:

"A ti, Júpiter, que le diste el espíritu; se te devolverá el espíritu cuando esta criatura muera. A ti, Tierra, que le proporcionaste el cuerpo, se te devolverá el cuerpo cuando esta criatura muera. Y tú, Cuidado, que fuiste el primero en modelar a esta criatura, acompáñala siempre mientras viva. Y como no habéis llegado a ningún consenso acerca del nombre, yo decido que se llame homem, que viene de humus, que significa tierra fértil"».

Esta fábula está llena de lecciones. El cuidado es anterior al espíritu infundido por Júpiter y anterior también al cuerpo prestado por la Tierra. La concepción cuerpo-espíritu no es, por tanto, originaria. Originario es el cuidado, «que fue el primero en modelar al ser humano». Cuidado lo hizo con «cuidado», celo y devoción y, por tanto, con una actitud amorosa. Él es anterior, es el a priori ontológico, aquello que debe existir antes para que pueda surgir el ser humano. El cuidado, por tanto, entra en 1a constitución del ser humano. Sin él no es humano. Con razón Martin Heidegger, en Ser y tiempo, considera que el cuidado es la real y verdadera esencia del ser humano. De ahí que, como se dice en la fábula, el «cuidado acompañará siempre al ser humano mientras viva»>. Todo lo que haga con cuidado revelará quién es el ser humano y, además, estará bien hecho.

El ethos que cuida y ama es terapéutico y liberador. Cura las heridas, despeja el futuro, da seguridad, disipa los miedos e infunde esperanza. Con razón dice el psicoanalista Rollo May: «En la actual confusión de episodios racionalistas y técnicos, perdemos de vista al ser humano. Tenemos que volver humildemente al simple cuidado. El mito del cuidado, y sólo él, nos permite resistir al cinismo y a la apatía, males psicológicos de nuestro tiempo» (Eros e repressáo, Vozes, Petrópolis 1982, p. 340).

7. EL ETHOS QUE SE RESPONSABILIZA

La capacidad de la Tierra para soportar la voracidad del crecimiento mundial y el consumismo unido a ella se está agotando rápidamente. Para que se produzca un cambio radical no bastan los llamamientos de los organismos internacionales que estudian el estado de la Tierra, ni tampoco las directrices de los diferentes gobiernos. Es urgente una verdadera revolución molecular a partir de las conciencias de los hijos e hijas angustiados

de nuestro Planeta. El ethos que busca, imperante en el mundo, no está en condiciones de proporcionarnos por sí solo los instrumentos para un salto cualitativo. Se ha desmoralizado, porque no ha conseguido evitar el genocidio de los indígenas latinoamericanos, el holocausto nazi-fascista, los gulags soviéticos, las armas de destrucción masiva, las recientes guerras de prevención y la devastación del modo de producción capitalista, que genera cada vez más miseria y exclusión. Consigue imponerse, no con argumentos, sino por la fuerza. En las conciencias más despiertas está surgiendo la siguiente convicción: o la civilización planetaria deja de ser predominantemente occidental o dejará de existir. Estarnos obligados a desarrollar un ethos de responsabilidad ilimitada hacia todo lo que existe y vive, como condición de supervivencia de 1a humanidad y de su hábitat natural. Responsabilidad es la capacidad de dar respuestas eficaces (responsum en latín, de donde viene «responsabilidad») a los problemas que nos plantea la compleja realidad actual. Y sólo lo conseguiremos con un ethos que ame, cuide y se responsabilice. La responsabilidad surge cuando nos damos cuenta de las consecuencias de nuestros actos sobre los demás y sobre la naturaleza. Hans Jonas, el filósofo del «principio de responsabilidad», formuló así el imperativo categórico; «Actúa de tal manera que las consecuencias de tus acciones no destruyan la naturaleza, ni la vida, ni la Tierra». Este imperativo vale especialmente para la biotecnología y para aquellas operaciones que intervienen directamente en el código genético de los seres humanos, de otros seres vivos y de las semillas transgénicas. El universo trabajó 15.000 millones de años, y la biogénesis 3.800 millones de años, para ordenar las informaciones que garantizan la vida y su equilibrio. Y nosotros queremos controlar esos procesos complejíssimos en una sola generación, sin medir las consecuencias de nuestra acción. Por eso el ethos que se responsabiliza impone la precaución y la cautela como comportamientos éticos básicos.

Este ethos propone algunas tareas prioritarias. En relación con la sociedad, hay que pasar del eje de la competencia, que usa la razón calculadora, al eje de la cooperación; que usa la razón cordial. En relación con la economía, hay, que pasar de 'la acumulación de riqueza a la producción de lo suficiente y digno para todos. En relación con la naturaleza, urge celebrar una alianza de sinergia entre la utilización racional de lo que precisamos y la preservación del capital natural. En relación con la atmósfera espiritual de nuestras sociedades, hay que pasar de la magnificación de la violencia, especialmente en los medios de comunicación social; a una cultura de la paz y del cultivo del bien común.

La responsabilidad revela el carácter ético de la persona junto con las fuerzas rectoras de la naturaleza, la persona se considera co-responsable del futuro de la vida y de la humanidad. Al asumir responsablemente nuestra parte, hasta los vientos contrarios ayudan a llevar a puerto el Arca salvadora.

8. EL ETHOS QUE SE SOLIDARIZA

Vivimos tiempos de enorme barbarie, porque la solidaridad entre los humanos es extremadamente escasa. 1.400 millones de personas viven con menos de un dólar al día. Dos terceras partes de esos 1.400 millones están constituidas por la humanidad futura: niños y jóvenes con menos de 1 D- años, condenados a consumir 200 veces menos energía y materias primas que sus hermanos y hermanas estadounidenses. Pero ¿quién piensa en ellos? Los países ricos no tienen el menor sentido de solidaridad, pues destinan menos del 1 % de su riqueza a luchar contra este azote. Para hacer frente a esta vergüenza humana es urgente una revolución ética, más que una revolución política; es decir, hay que despertar un sentimiento profundo de hermandad y de familiaridad que haga intolerable esa deshumanización e impida que los voraces dinosaurios del consumismo prosigan con su vandalismo individualista. Necesitamos, por tanto, un ethos que se solidarice con todos los que han caído en el camino.

La solidaridad está inscrita objetivamente en el código de todos los seres, pues todos somos interdependientes unos de otros. Coexistimos en el mismo cosmos y en la misma naturaleza con un origen y un destino comunes. Los cosmólogos y físicos cuánticos nos aseguran que la ley suprema del universo es la de la solidaridad y la cooperación de todos con todos. La misma ley de la selección natural de Darwin, basada en el estudio de los organismos vivos, debe ser pensada dentro de esa ley mayor. Además, los seres luchan no sólo para sobrevivir, sino para realizar virtualidades presentes en su ser. En el nivel humano, en lugar de la selección natural, tenemos que proponer el cuidado y el amor. Así, todos pueden ser incluidos, también los más débiles, y se evitará que sean eliminados en nombre de los intereses de grupo o de un tipo de cultura que reafirma su identidad por encima de la dignidad y el derecho de los otros.

La solidaridad se encuentra en la raíz del proceso de hominización. Cuando nuestros antepasados homínidos salían en busca de alimento, no lo consumían individualmente, sino que lo llevaban al grupo para repartirlo solidariamente. Fue la solidaridad la que permitió el salto de la animalidad a la humanidad y a la creación de la socialidad, que se expresa por el lenguaje. Todos debemos nuestra existencia al gesto solidario de nuestras madres, que nos acogieron en la vida y en la familia.

Estos datos objetivos deben ser asumidos subjetivamente como proyecto de libertad que opta por la solidaridad como contenido de las relaciones entre todos. La solidaridad política será el eje articulador de la geosociedad mundial; de lo contrario, no habrá, a largo plazo, futuro para nadie. Y esa sociedad hay que construirla desde abajo, desde las víctimas de los procesos sociales y desde los que sufren. El imperativo es, por tanto: «Solidarízate con todos los seres, tus compañeros en la aventura planetaria y cósmica, especialmente con los más perjudicados, para que todos puedan ser incluidos en tu cuidado». Es importante también alimentar la solidaridad con las generaciones futuras, pues también ellas tienen derecho a una Tierra habitable.

Nuestra misión es cuidar de los seres, ser los guardianes del patrimonio natural y cultural común, haciendo que la biosfera siga siendo un bien para todas las formas de vida y no sólo para nosotros. Por causa del ethos que se responsabiliza, veneramos a cada ser y cada forma de vida.

9. EL ETHOS QUE SE –COMPADECE

Para ser plenamente humano, el ethos tiene que incorporar la compasión. Hay mucho sufrimiento en la historia, demasiada sangre en nuestros caminos y una interminable soledad de millones y millones de personas que llevan solas, en su corazón, la cruz de la injusticia, la incomprensión y la amargura. El ethos que se compadece quiere incluir a todas esas personas -que, en el fondo, somos cada uno de nosotros- en el ethos humano, es decir, en la casa humana, donde hay acogida y donde las lágrimas pueden ser lloradas sin vergüenza o enjugadas cariñosamente.

Pero antes tenemos que hacer una terapia del lenguaje, pues «compasión» tiene, en la comprensión común, connotaciones negativas que le roban su contenido altamente positivo. Según esa comprensión común, tener compasión significa tener pena del otro, un sentimiento que lo rebaja a la condición de desamparado, sin energía interior para erguirse. Entonces nos compadecemos de él y nos con-dolemos de su situación. Así, por ejemplo, en el hambriento (y en la humanidad hay miles de millones de personas hambrientas) ve sólo el hambre de pan. No ve que a la vez existe en él un hambre de belleza que grita porque quiere realizarse y que con nuestra solidaridad podría ser saciada.

Podríamos entender también la com-pasión en el sentido del paleocristianismo (el cristianismo originario, antes de constituirse en iglesias), un sentido altamente positivo. Tener miseri-

cordia equivale a tener un corazón (cor) capaz de sentir a los míseros y salir de sí para socorrerlos. Es una actitud que la misma palabra com-pasión sugiere: compartir la pasión del otro y con el otro, sufrir con él, alegrarse con él, caminar con él. Pero esa, acepción no consiguió imponerse en la historia. Predominó la acepción moralista y menor de quien mira desde arriba y desliza una limosna en la mano de la persona que sufre. Mostrar misericordia equivaldría a hacer «caridad» al otro; caridad criticada por el poeta y cantautor argentino Atahualpa Yupanqui: «Desprecio la caridad por la vergüenza que encierra. Soy como el león de la sierra: vivo y muero en soledad».

La concepción budista de la com-pasión es diferente. Tal vez la com-pasión sea una de las mayores contribuciones éticas que Oriente ofrece a la humanidad. La compasión tiene que ver con la pregunta básica que dio origen al budismo como camino ético y espiritual. La pregunta es: ¿cuál es el mejor medio para liberarnos del sufrimiento? La respuesta de Buda es: «Por la compasión, por la infinita com-pasión».

El Dalai Lama actualiza esa ancestral respuesta de este modo: «Ayuda a los otros siempre que puedas; y si no puedes, nunca los perjudiques» (D Dalai Lama habla de .leszcs, Fisus 1999, p. 214). Esta comprensión coincide con el amor y el perdón incondicionales propuestos por Jesús.

La «gran com-pasión» (haruna en sánscrito) implica dos actitudes: desapego de todas las cosas _y cuidado para con todas las cosas. Por el desapego nos distanciamos de las cosas, renunciando a poseerlas, y aprendemos a respetarlas en su alteridad y diferencia. Por el cuidado nos aproximamos a las cosas para entrar en comunión con ellas, responsabilizándonos de su bienestar y socorriéndolas en el sufrimiento.

He aquí un comportamiento solidario que nada tiene que ver con la pena y la mera «caridad» asistencialista. Para el budista el nivel de desapego revela el grado de libertad y madurez alcanzado por una persona. Y el nivel de cuidado muestra cuánta benevolencia y responsabilidad desarrolló una persona para con todas las cosas. La com-pasión engloba las dos dimensiones. Exige, pues, libertad, altruismo y amor.

El ethos que se compadece no conoce límites. El ideal budista es el *bodhisattva*, la persona que lleva tan lejos el ideal de la com-pasión que se dispone a renunciar al nirvana e incluso acepta pasar por un número infinito de vidas sólo para poder ayudar a los otros en su sufrimiento. Ese altruismo se expresó en la oración del *bodhisattva*: «Mientras dure el tiempo, persista el espacio y haya personas que sufren, también yo quiero vivir para liberarlas del sufrimiento». La cultura tibetana expresa ese ideal a través de la figura del Buda de los mil brazos y los mil ojos. Con ellos puede, com-pasivo, atender a un número ilimitado de personas.'

El ethos que se compadece, en la percepción budista, nos enseña también cómo debe ser nuestra relación con la naturaleza: primero tenemos que respetarla en su alteridad, y después cuidar de ella. Sólo entonces podemos usarla, en la justa medida, para nuestro provecho.

A la «guerra infinita» de la demencia actual tenemos que oponer la «com-pasión infinita» de la sabiduría budista. ¿Utopía? Sí, pero es la mejor manera de mostrar nuestra verdadera humanidad, hecha de com-pasión y de cuidado y que se traduce en un ethos que sabe compadecerse de todos los que viven y sufren, para que nunca estén solos en su sufrimiento.

10. EL ETHOS QUE INTEGRA

La ética es del orden de la práctica y no del de la teoría. Por eso son importantes las figuras ejemplares que testimoniaron en su vida la realización de una ética coherente. Sólo los ejemplos luminosos son realmente convincentes.

Para los occidentales la figura más transparente es Francisco de Asís, considerado «el primero después del único», o «el último cristiano». No orientó su vida por el modelo imperial de Iglesia vigente en su tiempo, ni por la dogmática eclesiástica, sino por la experiencia evangélica, por la inserción en los medios pobres y por una nueva relación amorosa con la comunidad de la vida. Ello le permitió rescatar el vigor del palcristianismo, es decir, del cristianismo de los orígenes jesuánicos y apostólicos.

En san Francisco emergió poderosamente, sin que él tuviese conciencia elaborada de ello, una fecunda experiencia del ethos seminal, o sea, una forma nueva de organizar y llenar de valores la morada humana (ethos). La novedad residía en la inclusión sin límites de todos, empezando por quienes estaban más excluidos, como los leprosos, o marginados como los siervos de la gleba y los pobres en general, abriéndose también para acoger como hermanos y hermanas a todas las criaturas: los árboles, los animales, el sol y la luna; en suma, el universo entero. En la experiencia ética de Francisco se realizan de forma eminente las diversas expresiones del ethos que hemos analizado anteriormente.

En él descubrimos el ethos que busca. De familia rica, buscó con extrema intensidad primero ser un caballero heroico, después monje benedictino y, por último, penitente. Insatisfecho, escogió el «camino de la simplicidad», que consistía en tomar el evangelio a la letra y vivirlo sin glosa ni comentario, como fuente inspiradora de un nuevo ethos. Francisco se da cuenta de lo inusitado de este propósito. Por eso dice claramente: «El Señor me reveló su voluntad de que fuese un nuevo loco en el mundo» (novellus pazzus). Es loco frente a los sistemas que abandona: el burgués emergente, el feudal decadente, el religioso monacal vigente. Pero no es loco frente al nuevo ethos que inaugura. Según el primer biógrafo de la época, Tomás de Celano, Francisco apareció como «un hombre de un nuevo siglo»; nosotros diríamos: «de un nuevo paradigma». Lo que acabamos de decir parece extremadamente contemporáneo, ya que estamos buscando un nuevo camino civilizatorio y un nuevo horizonte de esperanza para la humanidad.

Es un representante singular del ethos que ama. A semejanza del gran místico sufi Rumi - contemporáneo de Francisco que vivía en 1ª antigua Persia, en el actual Afganistán-, testimonia la mística del amor y del enamoramiento de Dios como nadie lo había hecho antes en la historia de Occidente y de Oriente Medio. Llevado por el impulso del amor, Francisco salía por los bosques a llorar hasta que se le hinchaban los ojos, y gritaba: «¡El Amor no es amado, el Amor no es amado!». Rescató el amor telúrico: amor a la Tierra, a cada ser de la creación, a la mujer amada, Clara. Su lema es «Deus meus et omnia» («Mi Dios y todas las cosas»). Dios no quiere que le amemos solo a Él, sino que amemos a todas las criaturas. El amor es un movimiento único que abraza a todos.

Vivió ejemplarmente el ethos que cuida. Cuidaba de las abejas en invierno para que no muriesen de hambre: cuidaba para que los árboles no fuesen cortados de modo que no pudieran regenerarse; cuidaba de liberar a los pajarillos de las jaulas... Hasta pedía a sus compañeros que cuidaran de las malas hierbas en un rincón del jardín, porque también ellas, a su manera, alababan a Dios.

Es un arquetipo del ethos que se compadece. Fue a vivir entre los leprosos, los besaba y les daba de comer en la boca, repartía todo con los pobres, hasta la ropa que llevaba puesta, y se compadecía de sus propios dolores, a los que llamaba «hermanos», como también llamaba «hermana» a la muerte.

Dio testimonio del ethos que se solidariza. Vivía en extrema pobreza, pero, por cálida solidaridad, quería que se diera todo al hermano sufriente; y rompía el ayuno riguroso para ser solidario con el compañero que gritaba en la noche: «¡Me muero de hambre!». En la cruzada, en el norte de Egipto, se solidariza con los «hermanos mahometanos», cruza las fronteras entre las tropas cristianas y musulmanas y va a encontrarse con el sultán. Se muestra solidario con él, admirado por su piedad y su sabiduría para gobernar.

Por último, mostró de manera concreta el ethos que se responsabiliza. Ante las guerras entre los burgos, instaura la «legatio pacis», el movimiento por la paz, para reconciliar a las partes enfrentadas. Promueve un encuentro entre el obispo de Asís y el alcalde, considerados enemigos acérrimos. Prohíbe a los compañeros usar armas, dinero y títulos, fuentes de conflictos. Renuncia a todas las funciones y permanece como lego (al final de su vida se dejó ordenar diácono para seguir predicando, ya que estaba estrictamente prohibido que los legos predicaran), para estar junto al pueblo y los pobres. Quiere una fraternidad sociocósmica a partir de los últimos.

El poverello de Asís integra en su vida el ethos en el sentido originario: hace de este mundo la morada benéfica del ser humano. La expresión suprema del mundo hecho ethos se encuentra en el admirable Cántico al Hermano Sol, en el que no tenemos tan sólo un discurso poético-religioso sobre las cosas, sino que éstas sirven de vestimenta para un discurso más profundo: el del inconsciente que llegó a su Centro y, con él, el Misterio de ternura que integra todas las cosas. Los elementos cantados como, el Sol, la Tierra, el fuego y el agua, las plantas y el viento, e incluso la muerte, la hermana muerte, se transfiguran y se convierten en símbolos de una total integración, articulando la ecología exterior (los elementos naturales) con la ecología interior (el carácter simbólico que tienen en la psique). El Cántico es la expresión acabada de la completa integración de nuestra dimensión celeste con nuestra dimensión terrena.

La ética se transfigura entonces en mística, en experiencia abisal del Ser. Así como una estrella no brilla sin aura, tampoco una ética adquiere vigencia sin una visión mística y encantada del mundo, donde la Tierra y el Cielo, y todos los elementos que surgen del matrimonio entre ambos, se transforman en valor y en señal de un mundo de bondad, posible para los hijos y las hijas de la Madre Tierra, a la que san Francisco nos enseñó a amar como hermana y como madre.